

El envío

Humo la estrella, escoba
de humo sólo, su lumbré; de agua oscura
su nube de serpiente, su sonaja.

Y alguien tiritita de sentirse a medias
borracho, a medias solo, amado a medias,
y siendo yo, completamente a medias.

Pues cuando de mi mano doy la vuelta
por la esquina que quiero, y cuando llueve
y espero alguna cosa, algún milagro
en ruedas grises, a destiempo, y miro,
hallo mi espejo, rostro a rostro
desmantelado, abriéndose de risa.

Y así se llama, así se nombra mía
mi casa, mi alimento, mi brasero:
cara de humo, cueva de humo, tigre
de humo reluciente, tigre joya,
joya de humo resonante, escudo.

Tal vez si comprendieras, si supieras,
tal vez, hacia qué rumbo, vencedora
de la serpiente la paloma
del espíritu fuera, y la purísima
concepción del guerrero coronado
de sangre hasta el sabor de la garganta.

Y un sol en cruz para salvarme,
y un collar degollado y una sarta
de calaveras, y tendría
la mazorca de dientes amarillos
y las hambrientas órbitas.

Tú fuiste lo que somos; antes
que bebiera mi sangre en tu cuchara,
tú fuiste, ya, la sed que multiplica
por cero el canto de la dicha
y salva el cetro de la cólera.

Yo, qué diré; qué mando yo, qué entrego,
qué abandono, si el hambre fue la herencia;
y el hambre de mi hermano, el hambre a medias
de mis abuelos chicos, de mis nietos.

Junto a la guerra se asentó mi casa;
arde el escudo ronco entre la lluvia.
Todo es tierra florida bajo el humo,
todo es maizal de llamas.

Y es la batalla. Nadie en adelante
comprenderá, tal vez, que tenga fuerzas
mi corazón para voltear; que envíe
su plumaje de fuego, su árbol rojo,
su tren de escamas póstumas brillando.

Rubén Bonifaz Nuño